

que se llama el Renacimiento, y que no era en realidad más que un retorno fatal al paganismo.

Por sus frutos se conoce el árbol; juzguemos por sus frutos el árbol del Renacimiento, veamos rápidamente lo que produjo en el terreno de la literatura, de las artes, de la filosofía, de las ciencias, de la enseñanza y de la religión. Dejemos empero ante todo que un escritor distinguido, M. Michiels, exprese con elocuencia un asombro que nosotros no sabríamos deplorar bastante (*Revista contemporánea*, entrega de enero de 1853, p. 632): «Es un espectáculo curioso para el hombre reflexivo, ver la civilización greco-romana herida de muerte y enterrada por el cristianismo, salir lentamente de su sepulcro, llena de odio y sedienta de venganza, precipitarse á su vez sobre su enemigo, hostigarle, combatirle continuamente, empujarle con la punta de la espada en el cuello, y precipitarlo finalmente al abismo del protestantismo, del filosofismo, del volterianismo y finalmente de la Revolución. ¡Qué raro revés de fortuna! Qué extraño efecto de la gran ley de báscula que se encuentra en todas partes! No es menos curioso ver la Francia empleando primeramente el hierro, el fuego, la rueda y la horca para comprimir en su seno la reforma, aceptarla despues con un traje prestado, y dejar que los filólogos, anticuarios, poetas, moralistas, fabulistas y dramaturgos derramen en los ánimos la duda, el amor de la licencia, el sensualismo, los principios anticristianos de los pensadores griegos. Mimar de este modo á su adversario, partir con él el agua y el fuego, la mesa y la cama, porque ha tomado otro nombre, se ha vestido otro traje! Hé aquí lo que se llama dar pruebas de discernimiento! Y lo que aún debe parecer más extraordinario, es que el clero, dueño de toda la enseñanza, le abriera sus puertas, le ofreciera un asiento junto al hogar, y le entregara las llaves de su habitación! ¿Podía acaso esperarse que los mismos jefes de la religión la entregaran, como lo hicieron, sin defensa al politeísmo y al escepticismo disfrazados?»

Luego que se hubieron estudiado y comentado sin descanso las obras literarias de los antiguos, se adoptaron sus principios, penetráronse de su espíritu, y se efectuó una inmensa revolución en las ideas. Lo bello y lo maravilloso de los Libros Santos fueron por siempre condenados; el genio moderno se puso á remolque de la estética pagana, y resultó de ahí una literatura que degrada al talento, rebajándole al papel de copista inhábil por necesidad (1).

El movimiento pagano se hace inmenso y lo arrastra todo. Fué aquello una manía universal. La mitología pagana invade la literatura y sube á los teatros. Hace ostentación de principios y sentimientos enteramente carnales que presenta á la vista, y hace resonar en los oídos, é insinúa en las almas de sus pinturas y descripciones. Los maestros de la antigüedad pasan á ser los supremos reguladores de las costumbres y del gusto. «Ciceron, exclama Erasmo, uno de los corifeos del Renacimiento, me hace mejor por su divina elocuencia y su santidad (la santidad de Ciceron!).» El fanatismo pagano se ha hecho dueño de todos los ánimos: la literatura es pagana, la poesía es pagana, hasta el lenguaje es pagano.

Las artes á su vez sufren una dirección más pagana aún. El pincel de los pintores ya no se inspira más que en las divinidades y las fábulas del paganismo. Los dioses y las diosas del Olimpo, en estado de completa desnudez, adornan las galerías y los museos públicos ó secretos de los palacios de los magnates. No se ven en todas partes más que Venus, Ninfas, Gracias, etc. Hasta se ultraja la santidad de los templos del verdadero Dios. Los ángeles se convierten en genios desnudos; los santos, las santas, las virtudes son hombres y mujeres apenas vestidos. ¡Qué monton de carne, por ejemplo, no hay en el harto

(1) ¿Cuál puede ser, efectivamente, en un poeta cristiano, la inspiración que le arrastre á pedir la vida de su protector, de su Mecenás, al YERNO DE CERES? Lamartine es mucho menos pagano, y hé aquí por qué su lirismo sobrepasa tanto al de J. B. Rousseau.

célebre cuadro del Juicio final de Miguel Angel! ¿No se diría que son los gigantes amontonando Polion sobre Osa, y deteniéndose espantados ante la ira de Júpiter tonante? Entrad en el santuario por excelencia del arte pagano del Renacimiento, el palacio Pitti en Florencia, formado de doce salones consagrados cada uno de ellos á una divinidad pagana que brilla en el techo con sus atributos impuros. ¡Qué inimitable perfeccion en los asuntos profanos! La regularidad de las proporciones, lo natural de las posiciones, la expresion de las fisonomías, la verdad y riqueza del colorido, la belleza de las formas, la delicadeza del sentimiento, nada, absolutamente nada dejan que desear. Pero ¡qué doloroso contraste para los asuntos religiosos! El pintor los hizo á su antojo, ó más bien á imágen de sus modelos paganos. Los santos, las santas, los ángeles, los mártires tienen un aire de familia con Apolo, Júpiter, los héroes y las heroínas de la antigüedad. En todas partes hay la inspiracion pagana, en todas partes la carne, que, destacándose con descaro, hace bajar la vista de la inocencia ó salir los colores al rostro de la virtud. Á contar desde el Perugino ó de los primeros años del Renacimiento, no hay un solo lienzo que ore, que haga vibrar los corazones al unísono de los sentimientos cristianos, que exclame *Sursum corda!*

Á su vez la escultura reproduce á porfía los dioses y las diosas en bronce, mármol, piedra, barro cocido y yeso. Júpiter, Apolo, Venus, las Gracias, las Ninfas, los Sátiros se levantan triunfantes en las plazas de las ciudades, adornan las fuentes, pueblan los paseos públicos, embellecen los parques y los jardines; encuentran un pedestal hasta en el seno del hogar doméstico, etc., etc. El grabado sobrepuja todavía á la pintura y escultura, y multiplica á lo infinito las apoteosis de la sensualidad y del vicio.

Vemos, pues, que hay una revolucion completa en la literatura y en las artes: la resurreccion universal de las costumbres disolutas, la glorificacion de la carne. Además, ¿cuál es el enemigo más implacable de la fe? la carne.

Siempre llega el hombre á la incredulidad por el triunfo de la carne. El impío dice en su corazon depravado, antes de decirlo en su razon extraviada: no hay Dios. La carne es débil hasta el exceso, y sus inspiraciones son mortales. Sus obras, dijo el grande Apóstol, son fatalmente la fornicacion, la inmundicia, la impureza, la lujuria, las envidias, las discusiones, las iras, el homicidio. Y san Pedro añadia: Los que siguen la carne se convierten como en animales sin razon, prendados de sí mismos, despreciadores de la autoridad, osados y rebeldes. ¿Cuándo, arrepintiéndose Dios de haber criado al género humano, resolvió aniquilarlo? Cuando el hombre se hubo entregado á los placeres de la carne. ¿Quién seria capaz de contar el inmenso número de almas á quienes el desbordamiento del espíritu pagano arrancó y arranca todavía todos los dias de la fe cristiana y católica?

El Pontífice por siempre célebre que se hizo el protector declarado de las letras paganas, que no titubeó en pagar cinco mil francos, cantidad entonces enorme, por el manuscrito de los primeros libros de Tácito, que celebró con entusiastas fiestas el descubrimiento de algunas estatuas de la antigüedad, que mereció se diera al siglo del Renacimiento el nombre de siglo de Leon X ó de Médicis, que permitia le dijeran los poetas de su época que era Sumo Pontífice por los decretos de los dioses inmortales, vivió lo bastante para ver las espantosas consecuencias de su fatal ligereza, y oír la terrible reprension que el piadoso y sabio cardenal Pallavicini no temió dirigirle: «Vos habeis faltado á vuestro deber, descuidando el estudio de las letras cristianas. Habeis agravado vuestra culpa, entregándoos con pasion al culto frivolo de la antigüedad. Llevais la justa pena de esta doble falta, cuyas consecuencias desastrosas han recaido sobre la misma Iglesia.

No podria negarse, efectivamente, que el Renacimiento fué la madre de la supuesta Reforma protestante. Los reformadores Lutero, Zuinglio, Calvino, Melanchton, Enrique VIII, eran no teólogos, ó filósofos, sino literatos ó,

como se les llamaba entonces, humanistas apasionados por los autores paganos, adoradores de la carne, insurreccionados contra las leyes harto severas para ellos de la disciplina religiosa, de la abstinencia, de la continencia, del celibato, de la santidad del matrimonio. Erasmo, tan parlanchin y ruidoso, iba repitiendo por todas partes y en todos los tonos: «El Renacimiento es el huevo, la Reforma es el ave que de él ha salido.» Zuinglio dijo también: «Las nuevas luces que se han derramado desde el Renacimiento de las letras debilitan la credulidad del pueblo, abriendo los ojos acerca de una multitud de supersticiones, y le privan de adoptar á ciegas lo que le enseñan los curas.» El animoso sindico de la Facultad de Teología de París en 1526, Beza, decia muy alto: «La herejía se propaga por los literatos enemigos jurados de la Edad media y orgullosos de su jefe (Erasmo). Porque tienen una ligera tintura de las bellas letras, se creen capaces de discurrir acerca de todas las ciencias sagradas. Merced á esta táctica, el mal aumenta y se hace tanto más incurable, en cuanto los médicos llamados para curarlo, es decir, los maestros de la religion son tratados de teologastros por los humanistas, que los desprecian como hombres completamente ignorantes de lo que enseñan. El objeto de estos grecizantes no es otro que hacerse pasar por los verdaderos maestros de la ciencia sagrada. Nosotros, dicen ellos, estudiamos las Escrituras en los textos originales..., nosotros leemos las obras de los antiguos doctores... Hé aquí los títulos que se atribuyen los humanistas...; al mismo tiempo califican á los doctores de la escuela de botarates, mugrientos, ignorantes en materia de bellas letras, y por esto mismo de enemigos de las luces.»

Finalmente, un historiador protestante, Buhle, escribió: «Esta revolucion memorable que Martin Lutero, Felipe Melanchton y sus amigos ó sectarios comenzaron en 1517, fué obra del perfeccionamiento de la filosofía, seguida del Renacimiento de las letras.» Y añadía: «Sembrad

humanistas, y recogeréis protestantes.» No hay un historiador sincero que no diga con un escritor moderno, M. Allouy: «Para producir un incendio, la antorcha de la Reforma tuvo que encenderse en la del Renacimiento.»

Hé aquí, pues, cuál fué la primera hazaña del espíritu pagano resucitado. Al través de los torrentes de sangre y fuego arrancó de la fe cristiana la mitad de Europa, Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega. Digo de la fe cristiana, y no solamente de la fe católica, porque el veneno de la Reforma, el dogma fatal de la infalibilidad de las Sagradas Escrituras dejadas, fuera de toda autoridad, á la interpretacion individual, es un veneno mortal que mata á la fe en su raíz. Las naciones protestantes son naciones cristianas, más cristianas aún que nuestra Francia, de la que puede casi decirse que ya no lo es: los reyes de Prusia é Inglaterra y el presidente de los Estados-Unidos, todavía actualmente, convidan á sus pueblos, en nombre de Jesucristo, á las públicas preces, á ayunos universales, lo que no se permitiría al emperador de los franceses. Pero si estas naciones son cristianas, no lo son la inmensa mayoría de los individuos ó de las almas. De hecho, lo ha invadido todo el socinianismo, es decir, la negacion de la divinidad de Jesucristo y de todos los misterios de la religion cristiana. Ensalzando á la fe hasta el punto de querer que ella justifique sin las obras, se la ha extinguido realmente. Lo que aquí afirmamos es la expresion de una conviccion sincera, resultado de una larga residencia en Alemania é Inglaterra, y de íntimas relaciones con los hombres más ilustrados de esos dos países.

Tengamos mucho cuidado. Las naciones que tienen sus virtudes y sus vicios, tienen también sus recompensas y sus castigos no menos que los individuos. La apostasía, como nacion, de nuestra querida Francia podría acarrear catástrofes que quizás se perdonarian á Inglaterra, Alemania y América.

Los reformadores eran adultos cuando se apoderó de ellos el vértigo del Renacimiento; el espíritu pagano aún no había corrompido en su fuente á las jóvenes generaciones, y por consiguiente los millones de almas violentamente arrancadas á la fe no podían ser más que el comienzo de los grandes dolores.

La enseñanza hace á las generaciones. El joven continúa siendo en general lo que es al dejar los bancos de la escuela: *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit non recedet ab ea*. Y un poeta pagano dijo:

*Quo semel imbuta fuerit recens, testa diu servabit odorem.*

La tierra blanda aún conserva largo tiempo el olor del perfume de que primero estuvo impregnada. Lo que un proverbio francés traduce con harta aspereza: *La banasta siempre huele á sardina*. Los sabios de todas las épocas lo han dicho: La educación hace al hombre y la sociedad civil y religiosa. *Non parum sed totum est, qua quisque disciplina imbuatur a puero*, ha dicho uno de los grandes maestros del arte de las artes, el arte de formar las inteligencias y los corazones: *Ars artium regimen animarum*. No son poca cosa sino que lo son todo, las doctrinas y las reglas de que ha estado cada uno imbuido en su juventud. Los judíos, aunque tengan la íntima convicción de la abolición de su ley, no se convierten, porque beben con la leche el veneno del error, y las extravagancias del Talmud se identifican con ellos desde su infancia. Los musulmanes y los tártaros son inconvertibles, porque no tienen más que un libro, el Corán. Los herejes y cismáticos griegos quedan obstinados en sus supersticiones y creencias insostenibles, porque el martilleo, por decirlo así, de una educación exclusiva les ha como remachado en su cabeza las falsas opiniones de sus padres.

Hace diez y ocho siglos que dijo el Evangelio: *Los hijos de las tinieblas son más prudentes en sus negocios que los hijos de la luz*. Efectivamente, escuchad cómo un orgu-

lloso y ardiente republicano, Chazal, sostenía contra el director de un Instituto la acusación de enseñanza monárquica:

«SE RECOGE LO QUE SE HA SEMBRADO; tolerad que se siembre la monarquía y se recogerá la monarquía. LA INSTRUCCION LO HACE TODO. Por ella se soporta actualmente el despotismo en las islas de Grecia, en donde se adora la igualdad. Nosotros mismos levantamos nuestras frentes inclinadas bajo la servidumbre de la monarquía, porque la dichosa incuria de los reyes nos dejó formarnos en las escuelas de Esparta, Atenas y Roma. Cuando niños, nos hemos tratado con Licurgo, Solón, los dos Brutos, y los hemos admirado. Cuando hombres, no podemos dejar de imitarles. Nosotros no tendremos la estupidez de los reyes. Todo será republicano en nuestra República. Castigaremos á los traidores que en ella profesaren su odio, pero hasta exigiremos que en ella se profese su amor. El postrer suspiro del hombre libre debe ser para su país, y no se obtiene sino obteniendo su primer sentimiento. Vosotros los maestros lo haréis nacer, ó se os arrancará el sagrado depósito de la Patria. Nosotros se lo arrancaríamos al mismo padre, si organizara para ellos el oprobio y el suplicio de la servidumbre.»

Los monjes del Occidente habían piadosamente recogido y multiplicado por medio de la caligrafía las obras escogidas de la literatura, de la poesía, de la historia y de la filosofía antiguas; pero estas obras no tenían en la enseñanza más que una parte muy débil. Esperábase que las inteligencias estuvieran en sazón, los corazones muy formados, las costumbres bien sentadas, para ponerlas en las manos de las jóvenes generaciones. «¿No sería el último grado de la crueldad, decían entonces todos los maestros de la juventud, arrojar á la arena de la literatura pagana, en medio de tantos enemigos conjurados, á pobres niños que no son capaces de defenderse por sí mismos?»

Durante todo el período de la Edad media, los libros clásicos fueron exclusivamente cristianos. La opinión

universal é invariable era que la literatura pagana no convenia en manera alguna al genio de la religion de Jesucristo; que convenia necesariamente estudiar la que nacia naturalmente del cristianismo, que se convertia en su expresion fiel y que respiraba su espíritu; que el único medio de formar generaciones cristianas era fundirlas en un molde absolutamente cristiano. Como lo hemos visto, el éxito más brillante habia coronado tantos esfuerzos inteligentes y generosos.

Pero apenas han transcurrido unos pocos años desde el Renacimiento de las letras, y ya no se trata en la enseñanza más que de los autores paganos de Roma y Atenas. ¡Atrás los clásicos cristianos! En adelante serán los maestros de la juventud católica la historia de los dioses del Olimpo, las fábulas de Fedro y Esopo, Quinto Curcio, Ovidio, Virgilio, Homero, Jenofonte, Demóstenes, Ciceron, etc.

«Siempre será uno de los asombros del porvenir, dice un autor protestante, M. de Gasparin, que una sociedad cristiana haya acabado por consagrar los siete ú ocho hermosos años de la infancia y de la juventud al estudio exclusivo de los autores profanos.»

Hé aquí cómo el molde cristiano fué roto y reemplazado por el solo molde pagano en la literatura, en las ciencias y artes.

Cerrábase escandalosamente el oido á la voz de los oráculos de la tradicion católica.

De san Juan Crisóstomo: «¿No veis cuán criminal es la costumbre que seguís de dar por primeros libros á la juventud las historias de los héroes antiguos, que se le enseña á admirar, aunque estaban entregados á todas las pasiones? Nosotros recogemos los frutos de semejante educacion, que tiende á poblar la sociedad de hombres arrebatados, sin freno y sin moralidad, acostumbrados como están á revolverse en el fango.» (*In Epist. ad Ephes.* t. IX, p. 183).

De san Basilio: «La lectura de los autores profanos es

siempre peligrosa, predica el sensualismo y enseña á admirar á hombres virtuosos solamente de palabra.» (T. I, p. 246).

De san Jerónimo: «No leais ni los filósofos, ni los oradores, ni los poetas paganos. No tengais confianza en el estudio de sus obras. Es un pecado beber al mismo tiempo en el cáliz de Jesucristo y en el del demonio. (*Epist. ad Eustoch.*) «Yo no podia privarme de la biblioteca que me habia compuesto en Roma con un cuidado extremo é infinito. Robaba el sueño á mis noches para leer á Ciceron, saborear á Platon... Yo despreciaba á los Profetas... Oí la voz del supremo Juez que me dijo: Tú eres ciceroniano y no cristiano... en donde está tu tesoro, está tambien tu corazon... Juré que si alguna vez me sucediera conservar libros paganos, queria ser mirado como apóstata...» (*Ibidem.*)

De san Agustin: «¡Ay de tí, torrente de la costumbre!... ¿Acaso no nos muestra la Fábula un Júpiter tonante y adúltero?... La ficcion hace que los pecados no son pecados, y que cometiendo semejantes infamias, se aparenta imitar no á hombres perversos, sino á dioses inmortales... De este modo he bebido yo el vino del error y del vicio que nos presentaban maestros embriagados... Aprendí á llorar á Dido que se habia muerto por haber amado demasiado... Aplaudíase al que habia burlado mejor la ira y el dolor de una diosa imaginaria... ¿Es maravilla, Dios mio, que todas estas vanidades me hayan alejado de vos; que el estilo, las ideas de las divinas Escrituras me hayan parecido indignas de ser comparadas con la majestad de Ciceron?...» (*En el libro V de sus CONFESIONES y en sus CARTAS.*)

Y en otra parte: «Instruir á los niños con libros paganos, no es solamente enseñarles cosas inútiles, sino que es quitárselos á Dios y sacrificarlos al demonio. ¿Es así, pues, como conviene educar á la juventud? ¿Son esos los modelos que conviene presentarles? Obrando de este modo, no ofreceis ni aves, ni animales, ni aun la sangre hu-